

Ponencia presentada en el V Congreso Latinoamericano de Educación Comercial. Universidad Nacional. 1995.

Globalización

La globalización es, eminentemente, un fenómeno tecnológico que permea la cultura, las relaciones sociales y, en general, la forma en cómo las sociedades funcionan.

Hoy en día, la revolución en las comunicaciones hace que los conceptos de espacio y tiempo tengan dimensiones muy distintas a las de hace cincuenta años. Los cambios en el transporte, en el campo de la informática junto a fenómenos como internet, la comunicación por vía satélite, fax, teléfono celular y la televisión por cable, han acortado las distancias en el planeta. Esto nos ha conducido a que hoy la interdependencia entre las naciones y los individuos sea más evidente que nunca. Desde nuestros hogares pudimos seguir en vivo la guerra del Golfo Pérsico o la de los Balcanes. Por medio de internet tenemos acceso a las bibliotecas o centros de información de universidades importantes y mediante el transporte aéreo podemos desplazarnos a cualquier parte del mundo en pocas horas. Toda esta revolución tecnológica tiene un efecto inmediato en nuestra vida cotidiana.

Los conceptos del tiempo y del espacio tienden a variar. Por ejemplo, a veces nos referimos a que una impresora es muy lenta porque produce por número de caracteres por segundo, o que en el microondas podemos preparar un té en un minuto y medio a diferencia de la estufa convencional. Este fenómeno de globalización ha ido

aparejado a una transformación en el comercio mundial y al comportamiento de las economías nacionales. Así, en los últimos años los países se han abocado a una redefinición de sus estrategias de desarrollo, tanto los países del norte como los del sur. Podemos decir, entonces, que existe una estrecha vinculación entre el fenómeno de globalización y las nuevas estrategias de desarrollo que promueven la apertura económica y la integración de los mercados. Sin embargo, debemos ser claros que globalización y desarrollo no son sinónimos.

Crisis y estrategias de desarrollo

A partir de la década de los años ochenta las economías de América Latina, producto de una crisis del patrón de desarrollo hasta ese momento vigente, se han visto abocadas a un proceso de cambio en su estrategia de desarrollo. Ese patrón conocido como el modelo de sustitución de importaciones fue puesto en marcha en los últimos años de la década de los cuarenta, tanto en América Latina como en Asia y África. En los diferentes contextos sus resultados fueron diversos.

El modelo de sustitución de importaciones buscaba darle una respuesta al desarrollo desigual prevaleciente entre los países del norte y los países del sur. Su punto de partida era que los países del sur eran subdesarrollados por carecer de un sector industrial y que tal carencia, en buena medida, estaba explicada por «la llegada tardía» al proceso de industrialización. De igual modo, dicho modelo reconocía que en los países mencionados antes existía una demanda por productos industriales, que estaba siendo abastecida por medio de importaciones de bienes finales. Por otro lado, planteaba que se debía aprovechar esa demanda existente para inducir en las economías

nacionales un proceso de industrialización y que esa inducción debería ser «desde fuera», dado que las fuerzas propias del mercado no eran capaces de generar por sí solas tales procesos.

El proceso de inducción mencionado consistía en una intervención del Estado, que generaba condiciones por el proteccionismo a los mercados nacionales. Una serie de incentivos a las industrias nacientes permitirían la gestación, el desarrollo y la consolidación de esas industrias y del proceso de industrialización como un todo.

Esta estrategia tuvo resultados diferentes en Asia y en América Latina. Mientras que, en Asia fue una etapa de un proceso más amplio, en el cual los privilegios otorgados a las empresas se complementaban con exigencias de objetivos y metas en la producción; en América Latina, se convirtió en un fin en sí mismo y las empresas desarrollaron privilegios sin cumplir otras metas. En América Latina el resultado fue que el consumidor pagó precios más altos por productos de más baja calidad y, en general, las economías desarrollaron una serie de regulaciones y privilegios que impidieron una mejor asignación de los recursos.

En este contexto se lograron tasas de crecimiento relativamente altas en las décadas de los sesenta y los setenta. Sin embargo, tales tasas estuvieron muy determinadas por el acceso fácil a endeudamiento externo.

Las crisis del petróleo de los años setenta y otros fenómenos sociales fueron el inicio de la crisis del modelo hasta ese entonces vigente. Tasas de inflación altas, desempleo elevado, disminución en la tasa de crecimiento y una deuda externa inmanejable fueron los principales rasgos de la crisis de este modelo, cuyos signos se hacen evidentes en los primeros años de los ochenta.

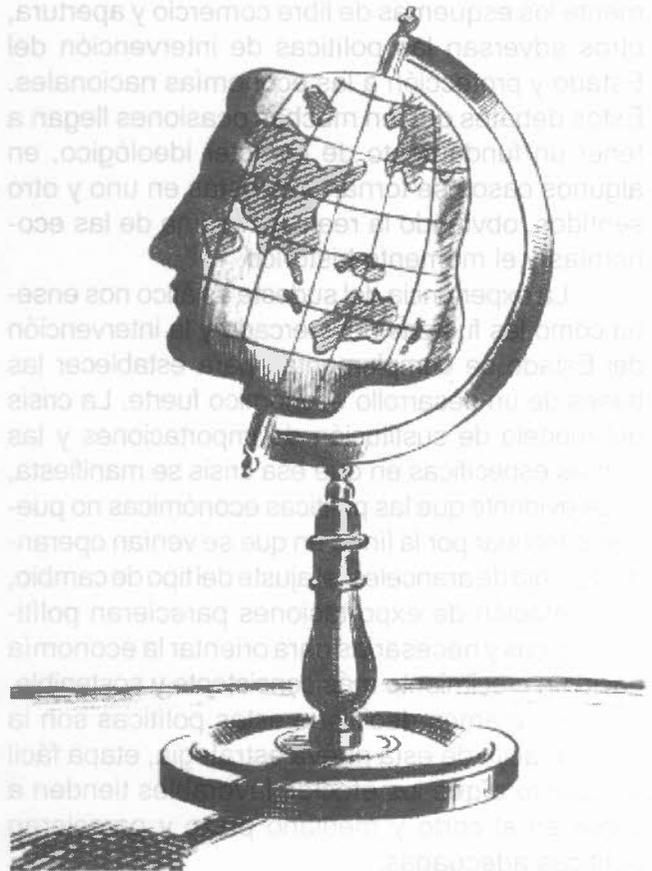
El nuevo modelo de desarrollo

Ante la situación anterior los organismos financieros internacionales promovieron un nuevo esquema de desarrollo para los países del sur. Su aspecto fundamental fue la promoción de exportaciones y el mecanismo de mercado como agente asignador de los recursos por excelencia.

Estos Programas de Ajuste Estructural del Banco Mundial y los Programas de Estabilización

del Fondo Monetario Internacional son los que han definido la pauta de las políticas económicas de la década de los ochenta y lo que va de los noventa. La velocidad con que esos programas se han puesto en práctica varía de un país a otro, sin embargo, la receta tiende a ser la misma.

Esta nueva estrategia parte de que los mercados nacionales son relativamente pequeños para enfocar la producción. Por lo tanto, esta debe estar dirigida hacia los mercados internacionales, por lo que se enfatiza en la promoción de las exportaciones y la liberalización de los mercados. Partiendo de que el comercio es el promotor del desarrollo, se aboga por la eliminación de todas las barreras que interfieran u obstaculicen el libre intercambio de bienes y servicios. El punto de partida es que el comercio hará que las economías nacionales aprovechen sus ventajas comparativas y que la división internacional del trabajo se fundamentará sobre la competitividad, la eficiencia y la calidad.



Otro fenómeno que se ha desarrollado en los últimos años en el comercio internacional son los llamados bloques económicos. La Cuenca del Pacífico en el sudeste asiático, la Comunidad Económica Europea y el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica, son algunos de esos nuevos bloques. Otros esfuerzos como el MERCOSUR, la Integración Centroamericana y sobre todo la Unión de las Américas para el año 2005, apuntan hacia nuevas alianzas comerciales. La conclusión de la Ronda de Uruguay y la creación de la Organización Mundial del Comercio son esfuerzos que complementan los procesos de apertura de las economías nacionales. Estas nuevas integraciones, a diferencia de las que se establecieron en los años sesenta y setenta, promueven el comercio y la competencia entre los países que la integran.

Este cambio de estrategia y los nuevos rumbos del comercio mundial han acontecido al compás de un intenso debate en el nivel de países y grupos de interés en las economías nacionales. En los últimos años ha habido una intensa discusión sobre las bondades de esta nueva estrategia. Mientras que diferentes sectores critican fuertemente los esquemas de libre comercio y apertura, otros adversan las políticas de intervención del Estado y protección a las economías nacionales. Estos debates que en muchas ocasiones llegan a tener un fundamento de carácter ideológico, en algunos casos se tornan simplistas en uno y otro sentidos, obviando la realidad misma de las economías y el momento histórico.

La experiencia del sudeste asiático nos enseña cómo las fuerzas del mercado y la intervención del Estado se complementan para establecer las bases de un desarrollo económico fuerte. La crisis del modelo de sustitución de importaciones y las formas específicas en que esa crisis se manifiesta, hace evidente que las políticas económicas no pueden continuar por la línea en que se venían operando. La baja de aranceles, el ajuste del tipo de cambio, la promoción de exportaciones parecieran políticas lógicas y necesarias para orientar la economía hacia un crecimiento más consistente y sostenible.

Podríamos decir que estas políticas son la «etapa fácil» de esta nueva estrategia, etapa fácil en cuanto a que los efectos favorables tienden a verse en el corto y mediano plazo y parecieran políticas adecuadas.

Sin embargo, las preguntas cruciales son: ¿cuál es la estrategia que debe seguirse en el largo plazo? y ¿cuál es su probabilidad de éxito? Las respuestas a estas interrogantes todavía no están claras.

¿Cuáles son los nuevos retos para las economías latinoamericanas en este proceso de apertura en el marco del comercio mundial? Existe la preocupación de que en la nueva división internacional del trabajo nuestros países se especialicen en actividades productivas, en las cuales nuestra ventaja comparativa sea la mano de obra barata y la exportación de productos primarios y recursos naturales. Eso implicaría poco valor agregado en los procesos productivos, poco acceso a alta tecnología, uso de tecnologías con alto nivel de contaminación y un uso no sostenible de los recursos naturales.

Todo esto conllevaría a un papel pasivo en los procesos de desarrollo, en donde nuestras economías estarán supeditadas en grado importante a las economías del norte.

Todas estas dudas y preocupaciones son válidas. Así como que el resultado sean los temores presentados anteriormente, o por el contrario, que nuestras economías se orienten hacia un proceso de mayor apropiación de «tecnologías limpias», mayor valor agregado en sus procesos productivos y mayores tasas de crecimiento, va a depender del grado de desarrollo institucional con que cuentan los países de la región. Así como de la actitud de los diferentes sectores ante el cambio y de los recursos humanos capacitados de que dispongan estas sociedades para enfrentar los nuevos retos.

¿De qué depende el éxito o el fracaso de esta nueva estrategia de desarrollo? Podemos mencionar tres aspectos generales.

Primero, entender que en realidad el problema no se trata de ajuste versus intervención, sino que el asunto es mucho más complejo. Un conjunto de políticas acordes con las realidades de las economías latinoamericanas llevaría elementos de ambas posiciones, por lo que se debe buscar una posición que trascienda esta dicotomía.

Segundo, realizar los cambios institucionales de corto y mediano plazo, que se requieren para hacer la economía capaz de responder a los retos del desarrollo. Eso involucra al sector empresarial, a los trabajadores y al Estado.

Tercero, y tal vez el aspecto más difícil, es tener una dirección hacia donde enrumbar la economía y la sociedad como un todo. Esto, por supuesto, requerirá un consenso mínimo a nivel de los actores sociales y, por lo tanto, la voluntad para crear condiciones de desarrollo y aprovechar las ventajas comparativas del caso.

Esto último es más difícil de alcanzar en sociedades democráticas. Es fácil encontrar respuestas en sociedades más autoritarias, en ellas ha sido más sencillo poner en práctica estos cambios y definir su dirección. Por supuesto, el costo social ha sido considerable.

Lo anterior significa que el proceso de modernización de las economías latinoamericanas requiere modificaciones en diferentes niveles de acción social. Tales modificaciones involucran aspectos económicos, sociales, culturales, políticos y ambientales.

En el campo económico se necesita fomentar la inversión en infraestructura física, promover la inversión extranjera, fomentar el libre comercio, adquirir tecnologías y conquistar nuevos mercados. En el campo social, se requiere una mejor distribución de la riqueza y las rentas, el desarrollo y fortalecimiento de programas sociales en salud, educación, lucha contra la pobreza extrema y, sobre todo, inversión en capital humano. En el aspecto político se requiere un fortalecimiento de las garantías individuales, y de la credibilidad de los ciudadanos, especialmente de los funcionarios públicos y políticos. En el campo ambiental es necesario compatibilizar las formas productivas con la protección del medio, congeniando el crecimiento económico con la capacidad de carga de los ecosistemas, y con criterios para la utilización de capital natural, tanto renovable como no renovable. De tal manera que sea posible garantizar una capacidad de asimilación por parte de los ecosistemas, de los desechos de consumo y producción.

Por supuesto, estas tareas y otras más que son requeridas son difíciles de realizar, sobre todo cuando en alguna medida requieren de un nivel de simultaneidad. No obstante, si aspiramos a un desarrollo sostenible y al establecimiento de una competitividad real, las acciones en estos campos son requisitos ineludibles.

El factor clave: las personas

Todos estos esfuerzos tienen un denominador común que es lo que hace la diferencia: las personas. Este es el motor para realizar estos cambios apuntados. En este sentido, al menos dos niveles se pueden analizar: desde el punto de vista del conocimiento y desde el punto de vista de la cultura y los valores.

En lo que se refiere al conocimiento los tiempos que enfrentamos demandan de las personas una capacidad para asimilar y mejorar tecnologías. El proceso de globalización demanda el conocimiento de otras lenguas, en particular el inglés y el manejo actualizado de sistemas computarizados. Así como, una reconceptualización de los procesos de trabajo.

En el campo cultural los tiempos actuales exigen de las personas una capacidad de adaptabilidad alta, capacidad para el trabajo en equipos, búsqueda de eficiencia, aumento en la productividad y mejoramiento continuo de la calidad como aspiraciones personales y profesionales.

Desde este punto de vista, los países del sudeste asiático, son una experiencia para observar y analizar. No para copiar, porque eso es imposible, pero sí para ver cómo otras sociedades han dado respuestas creativas a los retos del desarrollo.

Las economías que se industrializaron en el siglo XX llevaron a cabo esta tarea, cambiando sus estructuras productivas y elevando su ingreso por medio de tecnología prestada. Mientras que en Inglaterra la industrialización tuvo lugar sobre la base de la invención y en Alemania y Estados Unidos por medio de la innovación, en los países llamados de industrialización tardía fue sobre la base del aprendizaje.

En la industrialización tardía un grupo de instituciones son las que le dan soporte a este proceso: un Estado intervencionista, grandes grupos empresariales diversificados, una oferta abundante de gerentes asalariados y una amplia disponibilidad de mano de obra barata.

El Estado interviene en forma deliberada para distorsionar los precios, con el fin de estimular la actividad económica. A cambio impone un estándar de desempeño a las firmas privadas.

A nivel privado el agente de expansión en

todos los países de industrialización tardía es el moderno complejo empresarial, un tipo de organización de gran escala con objetivos multidivisionales y administrado por jerarquías de gerentes asalariados.

Desde el punto de vista de la mano de obra, los ingenieros asalariados son figuras claves en la industrialización tardía, y se convierten en garantes de la transferencia tecnológica extranjera.

En el nivel operativo los países de industrialización tardía cuentan con una fuerza de trabajo excepcionalmente bien educada, en comparación con aquella de los primeros industrializadores.

A diferencia de los innovadores que conquistan mercados apoyados en productos o procesos novedosos, los aprendices deben competir inicialmente sobre la base de salarios bajos y subsidios estatales, así como productividad incremental y mejoras cualitativas relacionadas con los productos existentes. Para ello las empresas desarrollan un enfoque de desarrollo estratégico. La producción tiende a ser el punto de atención de ese enfoque y la competencia se basa en tecnología prestada.

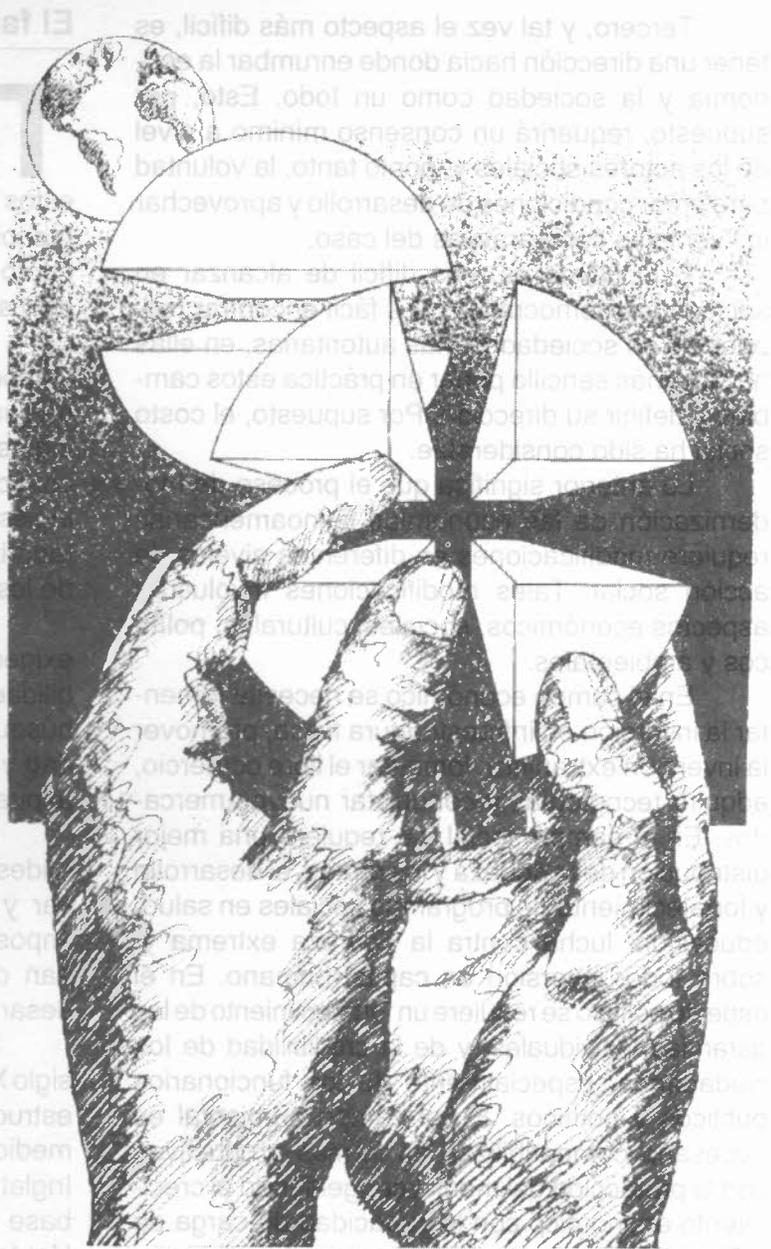
Para poder llevar a cabo este proceso de aprendizaje, estos países han tenido que tener objetivos claros por parte del Estado y, en particular, de los procesos de educación.

De esta experiencia podemos concluir que los caminos hacia la industrialización no son únicos y que cada uno de ellos requiere de ciertas condiciones para sostener el proceso.

De igual modo, podemos aprender que el Estado y el mecanismo de mercado no son incompatibles. Por el contrario, se complementan.

Por último, los procesos de industrialización tardía requieren de una mano de obra calificada.

La experiencia de los países del sudeste asiático se complementa con las corrientes más recientes en el campo del comercio internacional. Al analizar la literatura se pueden encontrar especialistas como Krugman y Helpman, quienes plantean que no sólo las ventajas comparativas son la razón suficiente para un aprovechamiento de



comercio internacional y asocian lo que ellos llaman una estrategia comercial a economías de escala. Lo cual en muchos casos no responde a las ventajas comparativas sino a otros factores de carácter institucional e inclusive fortuito.

La experiencia y la literatura nos dicen que no hay «recetas» para salir del subdesarrollo. Sólo la capacidad de las economías y las sociedades por medio de sus instituciones, de las personas y su visión pueden hacer la diferencia. Por supuesto, esto no es fácil, dado que existen diversas fuerzas tanto en el nivel internacional como en el

nacional e individual, que atentan contra experiencias de esa naturaleza y que buscan reproducir las relaciones de poder existentes en los distintos niveles.

Así entonces, el camino hacia el desarrollo se encuentra entre dos extremos: un determinismo, en el cual la suerte está echada y lo establecido no se puede cambiar; y una concepción idealista e ingenua, la cual no reconoce las relaciones de poder y considera que el problema es de voluntad.

Sólo en la medida en que las sociedades se eduquen, se generará en las personas mayor autoestima y mayor seguridad en sus potenciales y se generará el conocimiento que permitirá establecer las alianzas necesarias, adquirir la tecnología y definir las estrategias adecuadas para alcanzar el desarrollo.

Es por eso que, si se quiere que esas estrategias sean un proceso endógeno y no una receta que no es entendida sino simplemente implementada, la inversión en recurso humano es fundamental.

Si quisiéramos ligar estos grandes requerimientos del desarrollo con el ámbito educativo, los procesos de formación deberían tener varios rasgos básicos: un nuevo concepto del lugar de trabajo, lo cual redefine lo que hasta ahora hemos entendido por espacio y tiempo. Esto tendrá implicaciones sobre todos y cada uno de los procesos de trabajo y estarán determinados en buena medida por los últimos avances tecnológicos. Como he mencionado anteriormente, en el proceso de apertura y

globalización el dominio de otro idioma se torna parte necesaria de la formación.

En cuanto a las destrezas: habilidad para el trabajo en equipo, mayor flexibilidad en las tareas y en los procesos, búsqueda de interdisciplinariedad y estándares elevados en la eficiencia y la productividad, son elementos claves si se quiere ser protagonista e impulsor de los nuevos cambios que nuestras economías tienen por delante.

Por último, aunque no en último lugar, una tarea fundamental consiste en vincular nuestros valores culturales y nuestras tradiciones a los procesos de trabajo. Esto parece tal vez un tanto idealista o difícil. Sin embargo, si uno observa con detenimiento las innovaciones en los procesos de trabajo en muchos de los países hoy industrializados, tienen su fundamento en valores culturales y en tradiciones muy arraigados en los pueblos.

BIBLIOGRAFIA

- Amsden, Alice H. «Why Isn't the Whole World Experimenting with the East Asian Model to Development?» **Review of The East Asian Miracle**. Vol. 22. Nº 4. World Development. 1994, pp. 627-633.
- Murillo Rodríguez, Carlos. **Ensayos sobre Desarrollo. El Desarrollo como Afirmación de las Personas**. Editorial FUNA. Heredia. 1995.
- Ocampo, José Antonio. «Las nuevas teorías del comercio internacional y los países en vías de desarrollo». **Pensamiento Iberoamericano, Revista de Economía Política. Comercio, Apertura y Desarrollo. Las Nuevas Temáticas**. Volumen Especial. Nº 20. 1991, pp. 193-214.